

lante del carruaje á galope; luego, desahaciendo lo andado, volvió atrás; después corrió á derecha y á izquierda trazando un círculo alrededor del carruaje, y ladrando más gozoso y triunfante que nunca.

Cuando Tackleton hubo salido para acompañar á la señora Fielding y á su hija hasta su casa, el pobre Caleb se sentó junto al fuego al lado de su hija con el corazón destrozado por la inquietud y los remordimientos y murmurando constantemente:

—¡La he engañado desde la cuna para destrozar su corazón!—

Los juguetes puestos en movimiento para entretener al niño se habían parado hacía tiempo. En medio del silencio, á la luz dudosa de la habitación, las muñecas con su calma imperturbable, los caballitos tan agitados poco antes con los ojos fijos y las ventanas de la nariz abiertas; los ancianos, ante la puerta de sus casas, medio replegados sobre sí mismos, inclinados profundamente sobre sus rodillas desfallecidas; los cascanueces de mueca estrambótica y hasta los animales que se dirigían al arca de pareja en pareja, como los pensionistas que van de paseo, tenían todos el aspecto de mágica inmovilidad al ver un doble milagro: John cabizbajo y Tackleton amado.



TERCER GRITO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO



I

DABAN las diez en el reloj holandés situado en el rincón de la cocina cuando el mandadero se sentó junto al fuego, tan turbado, tan abatido por el pesar, que el culillo debió quedar aterrorizado, porque después de apresurarse á dar los diez gritos melódicos de la hora, se hundió inmediatamente en el palacio morisco, cerrando con estrépito la puertecilla detrás de sí como si no tuviese valor suficiente para resistir por más tiempo tan desusado espectáculo.

El mismo segadorcito, aunque se hubiese armado con la hoz más cortante del mundo entero, no hubiera podido despedazar tan cruelmente como Dot el corazón del mandadero.

Porque era el suyo un corazón tan lleno de amor á Dot, unido tan estrechamente,

tan sólidamente al de Dot por los dulces y poderosos lazos del recuerdo, tejido precioso, cuyas cualidades tan innumerables como fascinadoras trabajaban asiduamente para hacerlo más estrecho aún; un corazón en que Dot se había encajado, por decirlo así, tan suave y profundamente; un corazón tan sencillo y tan sincero, tan firme y tan inocente en toda ocasión, que al principio no pudo albergar cólera alguna ni pensamientos de venganza, y no halló en sí mismo más sitio que el destinado á guardar la imagen rota de su ídolo.

Pero poco á poco, insensiblemente, á medida que el mandadero permanecía por más tiempo absorbido por sus reflexiones ante el hogar, ya helado y sombrío, surgieron en su espíritu pensamientos más feroces, como el viento furioso que se levanta en la obscuridad de la noche.

El extranjero tenía la ventaja de la juventud. ¡Sí, sí! era algún enamorado que encontró antes que John el camino de un corazón que él no había conmovido jamás; algún enamorado favorecido por ella en otro tiempo, durante su juventud. ¡Cómo se entristecía sólo al imaginarlo!

Dot había subido al piso superior para meter en la cama al chiquitín. Mientras John se abandonaba á sus tristes reflexiones, solo junto al fuego, Dot se puso á su lado sin que él lo notara (porque las congojas que sufría con incesante tortura le habían hecho perder hasta la percepción de los sentidos) y colocó el taburete á sus pies. John no se fijó en ella hasta que sintió la mano de Dot

sobre la suya y vió que su mujer le miraba fijamente.

¿Con extrañeza? No. Es lo que le sorprendió al principio; y en tan alto grado que tuvo que volver á mirarla para asegurarse de su naturalidad. No con extrañeza, sino con una mirada curiosa y escrutadora, pero no asombrada; una mirada inquieta, seria, seguida de una sonrisa extraña, salvaje, espantosa, como si le adivinara todos sus pensamientos, y nada más; sólo haré constar que cruzó las manos sobre la frente, dejándose caer los cabellos.

Aun cuando John hubiese podido disponer en aquel instante de la omnipotencia de Dios, no había que temer que hiciese rodar sobre la cabeza de Dot ni el peso de una pluma; era demasiado misericordioso para complacerse en ello. Tan misericordioso era, que le pesaba muchísimo verla tan agobiada en el taburete en que tantas veces la había contemplado alegre é inocente con amor y orgullo; y cuando Dot se levantó y se alejó de él sollozando, se sintió más calmado al ver su lugar vacío junto al suyo. La presencia de Dot, en aquel momento, era para él la pena más amarga á que pudiese obligársele, porque le recordaba el abismo de desolación en que acababa de caer y de qué modo acababa de romperse el lazo supremo que le unía á la vida.

Cuanto más meditaba sobre este punto, más persuadido estaba de que hubiera preferido verla herida ante sus propios ojos por muerte prematura con el chiquitín en brazos, y más redoblaba su violencia la ira

contra su enemigo. Miró á su alrededor buscando un arma. Un fusil estaba suspendido en la pared.

John lo descolgó y dió un paso ó dos hacia la puerta de la habitación del pérfido extranjero. Sabía que el fusil estaba carga-



do; una idea vaga de que tenía el derecho de matar á aquel hombre como á una fiera, dominó su espíritu y le invadió por completo como un lúgubre demonio, desterrando toda idea de clemencia y de perdón.

No, no es esto lo que quería decir. Aquella idea no desterró de su corazón toda idea de clemencia y de perdón, sino que las transformó con arte infernal, convirtiéndolas en agujijones que le estimulaban más

aún, cambiando el agua en sangre, el amor en odio, la dulzura en ciega ferocidad. La imagen de su mujer desolada, humillada, pero recurriendo todavía á su ternura y á su piedad con poder irresistible no salía de su espíritu, pero la misma contemplación de esta imagen le empujaba hacia la puerta, elevaba el arma á la altura de su hombro, adaptaba y aseguraba su dedo en el gatillo, gritándole:

—¡Mátale! ¡mátale mientras duermel—

Pero súbitamente el fuego que hasta entonces había dormido en silencio, iluminó la chimenea con un brillante chorro de luz, y el grillo del hogar reanudó su crri... crri...

Ningún sonido, ninguna voz humana, ni siquiera la de Dot, hubiera conmovido y calmado al pobre John tan eficazmente. Las palabras llenas de franqueza con que Dot le había hablado de su amor hacia el favorito del hogar resonaban aún vibrantes en su oído; le parecía verla; su tono, de suave franqueza, agitado por ligero temblor, su dulce voz (¡qué voz! ó por mejor decir, qué música doméstica tan á propósito para seducir á un hombre honrado junto al fuego!) todo acudía á reanimar sus buenos pensamientos, á envalentonarles, á devolverles el calor y la vida.

Retrocedió ante la puerta, como un sonámbulo despertado en medio de un sueño terrible; dejó el fusil á un lado y cubriéndose el rostro con las manos, volvió á sentarse junto al fuego y halló algún consuelo en las lágrimas.

El grillo del hogar avanzó por la habitación y llegó á colocarse delante de él en forma de hada.

—Le quiero,—dijo la voz de hada repitiendo las palabras que John recordaba tan fielmente,—le quiero por los buenos pensamientos que su música inocente hizo nacer en mí cada vez que le escuché.

—¡Son sus mismas palabras!—exclamó el mandadero.

—¡Me habéis hecho feliz en esta casa, y amo al grillo por la dicha que me ha proporcionado!

—Sí, ha sido muy dichosa en esta casa, bien lo sabe Dios,—añadió el mandadero. Ella es la que colmó de felicidad esta casa, siempre... hasta hoy.

—¡Tan graciosa, de tan buen humor, tan ocupada en las tareas domésticas, tan alegre, tan lista, de corazón tan amable!

—Si no lo hubiese comprendido así, ¿la habría amado acaso como la amaba?

—Decid «como la amo,»—repuso la voz.

—Como la amaba,—repitió el mandadero;—pero su acento no era ya tan firme; su lengua insegura resistía á su voluntad, y quería hablar á su modo, en su nombre y aun en nombre de él.

La aparición, con apostura solemne, levantó la mano y dijo:

—¡Por tu hogar!

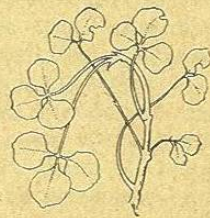
—¡El hogar que habrá entristecido para siempre!

—El hogar que con tanta frecuencia ha... bendecido é iluminado,—dijo el grillo;—el hogar que, sin ella, no hubiera sido más

que una mezcla de piedras y ladrillos con barrotos de hierro mohoso, pero que, gracias á ella, se ha convertido en tu altar doméstico; el altar sobre el cual has sacrificado cada noche alguna mala pasión, algún egoísmo, algún cuidado, para depositar en él la ofrenda de un espíritu tranquilo, de una naturaleza confiada, de un corazón generoso, de suerte que el humo al elevarse sobre su pobre chimenea, ha subido al cielo con suave perfume con el del incienso quemado ante las más ricas urnas en los magníficos templos de todo el orbe! Por tu hogar, por su apacible santuario, rodeado de cuantas dulces influencias te recuerde, óyela, óyeme, porque aquí todo te habla el lenguaje de tu hogar y de tu interior doméstico.

—¿Y creéis que este lenguaje habla en favor de ella?—preguntó John.

—Sí; todo lo que diga el lenguaje de tu hogar, de tu interior, debe ser en favor de ella,—respondió el grillo,—porque este lenguaje no miente jamás!—





II

Y MIENTRAS el mandadero, apoyando la cabeza en sus manos, continuaba soñando, la imagen de Dot, que estaba presente, permanecía á su lado sugiriéndole sus pensamientos por efecto de su poder sobrenatural, y colocándose los ante los ojos como en un espejo ó en un cuadro.

La imagen presente no estaba sola. De la piedra del hogar, de la chimenea, del reloj, de la pipa, del escalfador y de la cuna; del pavimento, de las paredes, del techo y de la escalera; del coche que descansaba fuera de la estancia, del aparador que estaba dentro de ella, de todos los utensilios del hogar, de cada rincón, de cada objeto familiar á Dot, que llevase consigo un recuerdo de ella para el desgraciado John, surgían huestes de hadas, no para quedar inmóviles á su lado, como hiciera antes el grillo, sino para ocuparse y agitarse en

toda dirección, para rendir toda clase de honores á la *imagen*, para agarrar el vestido de John y mostrarle la figura de Dot; para agruparse alrededor de ella, abrazarla amorosamente y arrojar flores á su paso; para ensayar con sus manecitas la coronación de su linda cabeza, para demostrarla que la amaban tiernamente y que no podía existir ni una sola criatura fea, mala y acusadora que pudiese jactarse de conocerla... Sólo ellas, sólo sus compañeras fantásticas y fieles, podían comprender toda su valía.

Los pensamientos de John se fijaban constantemente en la imagen que permanecía allí.

Sentada ante el fuego, cosía cantando en voz baja. ¿Vióse mujercita tan juguetona, activa y paciente como Dot? Los rostros de las hadas volviéronse hacia él unánimemente, y concentrando una mirada dirigida á Dot parecían decirle, orgullosas de su ídolo:—¿Esta es la mujer ligera que has acusado?—

A lo lejos se oían alegres sonos de instrumentos musicales, voces ruidosas y risas ensordecedoras. Un ejército de muchachos y muchachas sedientos de diversión penetró precipitadamente en la casa; entre las muchachas estaba May Fielding con otras veinte casi tan hermosas como ella. Dot era la más hermosa y parecía la más joven. Invitáronla á tomar parte en la fiesta; se trataba de organizar un baile. Si alguna vez han existido piecitos aptos para la danza, lo han sido los de Dot. Pero Dot se echó á reír, inclinó la cabeza y les mostró la comi-

da en el fuego, y la mesa ya aderezada con aire de satisfacción, con muy poca envidia del placer ajeno, actitud que la hacía aún más encantadora. Despidió alegremente, saludándoles con la cabecita, á sus bailarines



pretendientes uno tras otro, á medida que iban saliendo, con cómica indiferencia. Después de tal escena, sus galanes, desengañados, debían arrojarse al agua impulsados por la desesperación, y no obstante, no era su defecto capital la indiferencia, porque en aquel instante compareció cierto mandade-

ro, y ella le hizo una acogida... ¡una acogida admirable!

Las hadas volvieron el semblante hacia John, y parecieron preguntarle:—¿Y esa es la mujer que nunca te ha querido?—

Una sombra pasó por el espejo, ó el cuadro, como os plazca. La gran sombra del extranjero, tal como apareció por primera vez bajo su techo; cubría toda la superficie del cuadro y borraba los demás objetos. Pero las ágiles hadas trabajaron como abejas diligentes para disiparla, y Dot reapareció hermosa y brillante.

Mecía al chiquitín, le cantaba dulcemente una canción, apoyando la cabeza en un hombre que formaba parte del hombre taciturno, junto al cual permanecía el grillo-hada.

La noche,—hablo de la noche real, no de la que regulan los relojes de las hadas,—la noche seguía su curso; durante la fase descrita de los pensamientos del mandadero, la luna se dejó ver en el cielo resplandeciente de claridad. Quizá una luz serena y tranquila se había levantado también en el espíritu de John, y este fenómeno le permitió reflexionar con más sangre fría sobre lo ocurrido.

Aunque la sombra del extranjero pasase á intervalos por el espejo, siempre precisa, grande y perfectamente definida, no parecía ya tan grande como al principio. Cada vez que surgía, las hadas exhalaban un grito general de consternación y empleaban con inconcebible actividad sus bracitos y sus piecitos en la tarea prolija de borrarle. Luego, al encontrar detrás de ella la de

Dot,—y se la hacían contemplar al mandadero una vez más, hermosa y brillante,—la manifestaban su alegría del modo más comunicativo posible.

Nunca la mostraban de otro modo; siempre aparecía brillante y hermosa, porque las hadas pertenecen á la clase de genios domésticos que odian la mentira; de modo que Dot, en su concepto, no podía ser más que una criaturilla activa, radiante, encantadora, el rayo de sol de la casa del mandadero.

Las hadas redoblaron su ardor al mostrarla con el chiquitín conversando en medio de un grupo de prudentes matronas, dándose también aires de matrona prudente, y apoyándose con aspecto reposado, grave y digno de una anciana en el brazo de su marido, procurando (¡jella, una mujer en flor, apenas abierta!) convencerle de que había abjurado las vanidades del mundo en general y de que pertenecía á la categoría de personas maduras, para las cuales no existen más que los deberes de la maternidad; y no obstante, en aquel mismo instante, las hadas la mostraban aún, riéndose de la torpeza del mandadero, levantándole el cuello de la camisa para darle aspecto de *dandy*, y arrastrándole alegremente con su faz risueña alrededor de la habitación para enseñarle á bailar.

Las hadas se volvían más que nunca hacia él y le miraban con ojazos desmesuradamente abiertos al mostrársela junto á la ciegucecita, porque aunque Dot llevase siempre consigo su animación y su natural ale-

gría, las desbordaba principalmente en casa de Caleb Plummer. El amor que la profesaba la ciegucecita, su confianza absoluta en ella, su reconocimiento y la delicadeza con que Dot sabía rechazar el reconocimiento de Berta; sus ardides diplomáticos encaminados á aprovechar todos los momentos de su visita, realizando á cada instante algo útil en aquella casa, procurándose en realidad muchas fatigas con el pretexto de tomarse un día de descanso; su previsión generosa en lo que concierne á las golosinas de la fundación, el pastel y las botellas de cerveza; su cara radiante al llegar á la puerta y al despedirse, y aquella maravillosa convicción que dominaba toda su persona desde la extremidad de los pies hasta la punta de la cabeza y que la hacía comprender la importancia de su papel en la fiesta que había fundado, y reconocer que en ella se hacía necesaria, indispensable; todo eran motivos que excitaban la alegría de las hadas y redoblaban el amor que sentían por ella. De modo, que volvieron á contemplar al mandadero, llamándole todas á la vez, como si le dijeran, mientras algunas se escondían en los pliegues del traje de Dot para acariciarla más de cerca:

—¿Esta es la mujer que has acusado?—

Más de una, de dos, de tres veces durante el curso de los sueños de aquella larga noche, le mostraron la figura de Dot sentada en su lugar favorito, con la cabeza inclinada hacia adelante, las manos cruzadas sobre la frente, los cabellos en libertad, como John la había contemplado por última vez.

Y al verla de aquel modo, no se volvían más hacia él, no le miraban más, sino que, por el contrario, se estrechaban alrededor de ella, la consolaban, la abrazaban, dándole mil pruebas de simpatía y de ternura y olvidando completamente á su marido.

Así pasó la noche. La luna descendió hasta el horizonte; las estrellas palidieron; las primeras claridades de la mañana atravesaron las tinieblas; se hizo sentir el fresco de la madrugada y se levantó el sol. John estaba sentado aún junto á la chimenea y se encontraba en la misma posición que había adoptado la noche anterior. Durante toda la noche el grillo había cantado en el hogar: crri... crri... crri...; durante toda la noche John había oído su voz; durante toda la noche las hadas domésticas habían trabajado á su alrededor; durante toda la noche Dot había permanecido amable y sin tacha en el espejo de las hadas, exceptuando los momentos en que cierta sombra pasaba por él.

